



ABRIL 2015

N.º 65

Unión mundial de sacerdotes, religiosos y seglares

MINISTRI DEI

Servidores de Dios

BOLETÍN DE ACTUALIDAD CATÓLICA TRADICIONAL



Avda. de Andalucía, 71
Escalera derecha 1.º B
23.005 Jaén (España)

E-mail:

ministridei@hotmail.com

Página Web:

www.ministridei.es

Teléfonos

923 286 689

657 401 264

INFORMAMOS

Que la Consagración Total a Jesús por María según el método de San Luis M^a Grignon de Montfort, se realizará el sábado 23 de mayo del presente año, en el Valle de los Caídos. Esta consagración lleva un tiempo de preparación de 33 días que comenzarán el día 20 de abril y culminarán el 22 de mayo.

La preparación se puede hacer siguiendo las instrucciones del librito TRATADO DE LA VERDADERA DEVOCIÓN, (que regalamos a quien nos lo pida, pagando solo el importe de correos), empezando en la página 179 y terminando en la página 267, aunque es importante leer por completo el libro.

Quien no lo tenga puede descargarlo en la Página Web:

www.esclavitudmariana.org/wp-content/uploads/2014/12/Preparacion-a-la-consagracion-total.pdf

También se puede descargar en nuestra Página Web: www.ministridei.es

El programa se publicará en www.ministridei.es aunque a grandes rasgos. Se empezará a las 11:00 de la mañana. Tendremos la Santa Misa hacia las 12.30, comida optativa en el Restaurante de la Hospedería (11 euros por persona), charlas referente al acto de consagración, y se terminará por la tarde antes de las 19:00 horas.

Teléfonos de contacto: Hernando 657401264 y 923286689

Sumario

Informamos 1

San Luis María
Grignon de
Montfor 1

El amor propio, enemigo
mortal del alma . . . 2-3-4

Los que reconocen
a Jesús como Dios
se dirigen a María
como Madre de Dios
y esperan obtener
su poderosa ayuda
en las pruebas de
la vida.

(S. Juan Pablo II)

San Luis María Grignon de Montfort

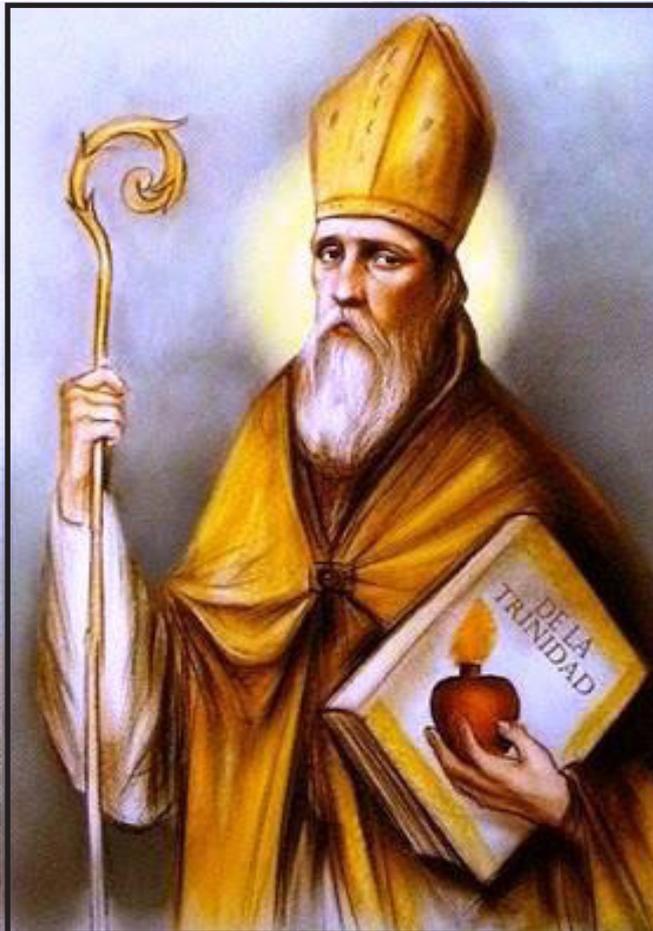
“La plenitud de nuestra perfección consiste en asemejarnos, vivir unidos y consagrados a Jesucristo. Por consiguiente, la más perfecta de todas las devociones es sin duda alguna, la que nos asemeja, une y consagra más perfectamente a Jesucristo. Ahora bien, María es la criatura más semejante a Jesucristo. Por consiguiente la devoción que mejor nos consagra y hace semejantes a Nuestro Señor es la devoción a su Santísima Madre. Y cuanto más te consagres a María, tanto más te unirás a Jesucristo”.

El amor propio, mortal enemigo del alma

CONTAMINA LO MÁS SANTO

Nos han enseñado desde pequeños en la catequesis y en casa, que los enemigos del alma son tres: *mundo, demonio y carne*. Hoy vamos a hablar del tercero, de la carne, o lo que es lo mismo del amor excesivo a uno mismo, porque en infinidad de casos, ese amor desordenado a uno mismo, ha llevado a muchísimas almas a la perdición eterna.

El amor propio es algo que tenemos tan cerca, tan unido a nosotros, que no advertimos del daño que en cantidad de ocasiones nos hace. Es mal consejero y nos engaña, haciéndonos creer que somos víctimas de la sociedad o de los de nuestro entorno y nos adula constantemente en cualquier cosa buena que hacemos. Es un veneno mortal para el alma. Si, por el contrario, conscientemente lo ignoramos y no seguimos sus malos consejos, la lucha contra él se convierte en gran medio de santificación. Ya el Señor nos advirtió del peligro de amar la propia vida (Jn 12,25)



SAN AGUSTÍN

Revelaba Nuestro Señor a Luisa Picarreta que hay muchas almas buenas y que mucho hacen por Él, pero que era difícil encontrar una que le diera todo para poderse dar Él también todo. A los ojos de Dios ningún pecado es pequeño, aunque a los ojos de las personas pudiera parecer que algunos no tienen importancia. Y es que el juicio de las personas es imperfecto, pero no el de Dios que ve todas las cosas como realmente son. Se desprecia al beodo y se dice que su pecado le impedirá salvarse, mientras que el orgullo, el egoísmo y la codicia, no siempre son reprendidos, y sin embargo, son pecados que ofenden de forma especial a Dios, pues son contrarios a su doctrina y al amor que tanto insistió Nuestro Señor que nos tuviéramos unos a otros. (Jn 13, 34). El que comete cualquier clase de pecado, sea de la índole que sea, puede avergonzarse y sentir la necesidad del perdón y de la gracia de Dios, pero el que se ama a sí mismo, el orgulloso, no siente esta necesidad y así cierra su corazón a Cristo.

El publicano sin atreverse ni a levantar la cabeza oraba diciendo: ¡Oh Dios! ten compasión de mí, que soy pecador (Lc. 18, 13). Se consideraba una persona despreciable y pecadora, y así lo veían los demás, pero sentía la necesidad del perdón porque sabía que era culpable, y avergonzado, se presentó ante Dios implorando su misericordia. Su corazón humillado estaba abierto a la gracia de Dios y salió disculpado, mientras que el fariseo no sentía culpabilidad alguna y se jactaba de ser como era, y esta actitud se cerraba a la gracia de Dios, pues no sentía necesidad de ella porque se envanecía de ser como era.

Es tan grave el amor propio que San Agustín nos dice que es la mayor peste para el alma porque le lleva al menosprecio de Dios. ¡¡Terrible!! Cualquier cosa que se haga movida por el amor propio o autoestima, contamina todo lo que se hace y hasta puede pervertir la acción, si la misma, por un amor desordenado de sí mismo, se realiza por amor propio. San Agustín doctor de la Iglesia enumera un sinfín de males que el amor a nosotros mismos puede traer. Males que de este infame amor propio proceden: *De él los cuidados mordaces que roen y atormentan el corazón; de él las perturbaciones, las tristezas, los miedos, los gozos desatinados, las discordias, las contiendas, las guerras las asechanzas, las iras,*

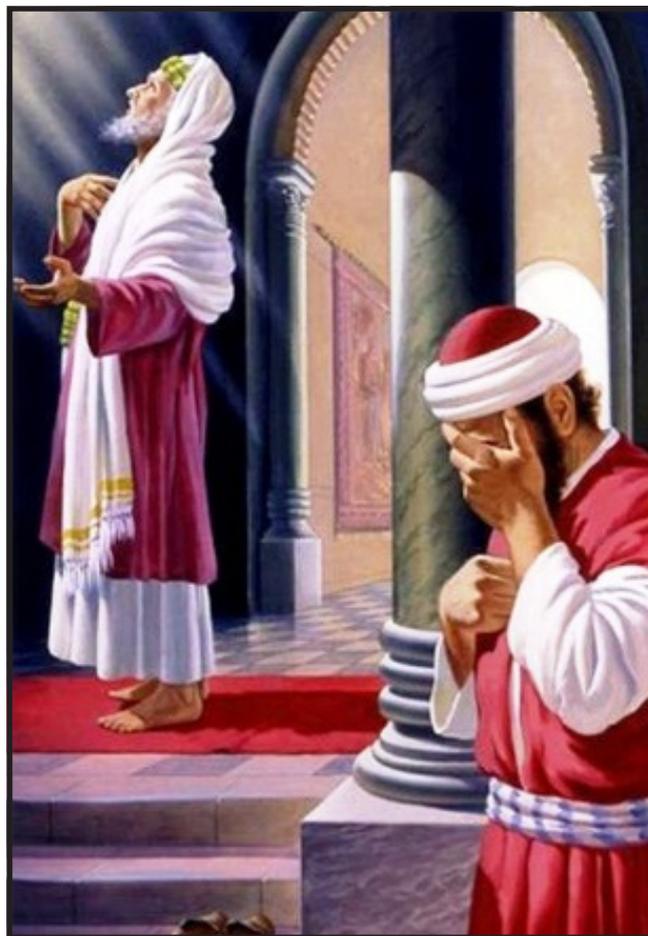
las enemistades, los engaños, la adulación, el hurto, la perfidia, la soberbia, la ambición, la envidia, los homicidios y parricidios; la crueldad, la tiranía, la maldad, la lujuria, la petulancia, la desvergüenza, las fornicaciones, los adulterios, los incestos, los estupro y los demás géneros o diferencias de vicios sensuales; los sacrilegios, las herejías y blasfemias; los perjuros, las opresiones de pobres, las calumnias de los inocentes, los pleitos en juicio; las prevaricaciones de las leyes todas, humanas y divinas; los testimonios falsos, los juicios perversos, las violencias y latrocinios y todo lo que de mal puede haber, aunque no se haya visto en el mundo ni venido en conocimiento de los hombres. Hasta aquí San Agustín. Pues maldito padre de familia tan mala.

MAL CONSEJERO

Es el egoísmo el que da alimento continuo al amor propio. Cuando una persona se cree con derecho a todo, cuando le molesta o le sienta mal cualquier cosa que le contrarie, cuando las personas no buscan el bien de la comunidad sino el suyo propio, los frutos son estériles, y la piedad de estas acciones son falsas, porque solo se buscó su propio gusto y no el de los demás. Estas falsas santidades son las vidas espirituales sin fruto, estériles, que son el malhumor de la sociedad, los tormentos de los mismos directores espirituales y de las familias. Se puede decir que llevan junto a ellos un aire maléfico que daña a todos. Tal es el amor propio como enemigo del alma.

Y es tal este enemigo para el alma que ha sido ocasión de que el agonizante en sus postreros momentos no quiera volver su rostro a Dios y muera impenitente, tal es la soberbia que nos trae el amor propio. El amor propio llevó a Lucifer a revelarse contra Dios y se convirtió en un demonio espeluznante. Porque el amor propio nos aconseja muy mal, nos engaña, puesto que nos envanece, y hacerle caso es seguir el juego fatal de la ruina total para el alma.

¡De cuántas cosas se disfraza el amor propio para no ser advertido!, pero aun así su vileza se deja ver en seguida. Se disfraza de justicia: siempre nos creemos que nos han hecho alguna injusticia; se disfraza de derechos: reclamamos insistentemente nuestros derechos aunque a veces no sean tales, pero no nos esforzamos en cumplir bien nuestros deberes. Se disfraza de bondad: "con lo bueno que he sido con esas personas, y mira cómo me pagan". Se disfraza de víctima: "¿Qué pecado he cometido para que me suceda esto?" Se disfraza de flaqueza para justificar nuestros vicios o caídas. Podríamos seguir diciendo una lista interminable de disfraces del amor propio, porque éste es un artista disfrazándose, pero su disfraz no engaña a nadie, solo nos engaña



LC. 18, 13)

a nosotros mismos, que como nos amamos tanto creemos lo que nos presenta o aconseja.

Sin embargo la virtud de la obediencia, para el amor propio, es uno de sus peores adversarios. Porque obedecer a los superiores, al director espiritual, a nuestros padres etc., es en cierto modo un morir un poco a nosotros mismos, y anteponer el criterio de los superiores, o de quienes nos guían, para desprendernos del nuestro.

La obediencia mata la propia voluntad y a torrentes vierte la divina, tanto, que se puede decir que el alma obediente no vive de su voluntad, sino de la voluntad divina manifestada constantemente en nuestros superiores. ¿Y se puede dar vida más bella, más santa, que el vivir de la voluntad de Dios mismo? Decían los santos que la voluntad de Dios es opio del alma que adormece la inteligencia, el amor propio, la propia estima, todo lo que es humano, y no deja penetrar hasta lo hondo del alma ningún disgusto, calumnia, sufrimiento, penas internas del alma, porque el opio de la voluntad divina, la tiene como adormecida, pero aun así, se encuentran los mismos efectos y los mismos méritos que si los hubiera padecido.

Por eso, con las otras virtudes, aun con las más

sublimes, puede estar junto el amor propio, pero con la obediencia, jamás. La obediencia tiene la vista agudísima, mientras que el amor propio es muy corto de vista, tanto que no puede dar un paso sin tropezar.

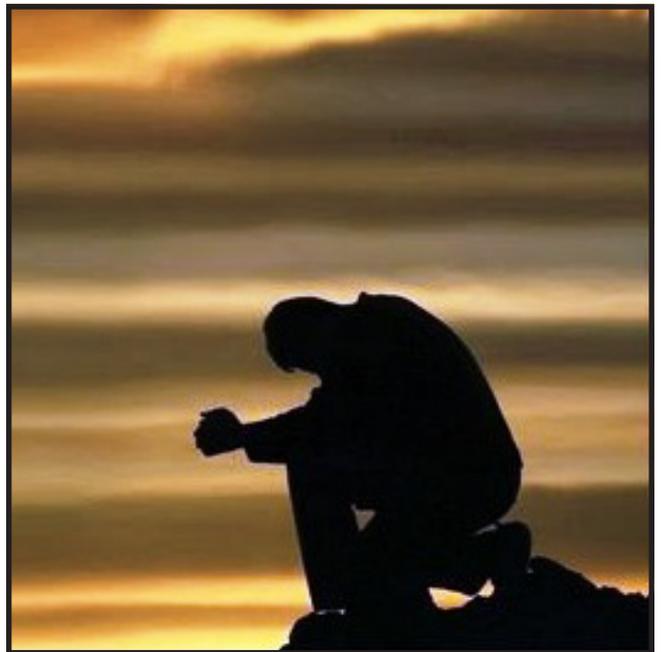
Y no creamos que esta vista agudísima la tienen las almas que están siempre agitadas y haciendo escrúpulo de todo, más bien, esto es consecuencia del amor propio, porque siendo muy corto de vista nos suscita mil turbaciones y escrúpulos, enemigos todos ellos de la santidad y de la paz del alma. Podríamos decir que la obediencia es homicida del amor propio, porque teniendo tanta luz inmediatamente prevé dónde puede dar un paso en falso, y con ánimo generoso se abstiene de darlo. No sucede lo mismo con el amor propio, que al ser corto de vista impide que avancemos en el camino de la santidad.

IMPIDE VOLAR ALTO

Cuanto más nos despojamos de las cosas naturales, tanto más alcanzamos las cosas sobrenaturales; cuanto más nos despojemos del amor propio, tanto más conquistamos el amor de Dios; cuanto más renunciemos a las cosas terrenales y a los placeres de la vida, tanto más gustaremos de las cosas del Cielo y de la virtud. En suma, todas esas cosas nacen como consecuencia de extirpar en nosotros el amor propio; de ahí, que si nada se siente de sobrenatural, si el amor de Dios está apagado en nosotros, si ningún gusto tenemos de las cosas celestiales y de la práctica de las virtudes, la razón es porque anida en nosotros el amor propio, que sirve de freno a que gustemos de las cosas de Dios. Un ligero soplo en nosotros de soberbia, de egoísmo, de autoestima, de complacencia, de respetos humanos, es suficiente para impedir el vuelo hacia Dios, pues nos retienen estos sentimientos humanos que contaminan y a veces corrompen las obras buenas e impiden la verdadera santidad.

De acuerdo a la dosis de amor a Dios o al prójimo que pongamos en cualquier acto, así aumenta su valor, porque Dios no mira la acción, sino la intensidad de amor con que se ha hecho. Estas consideraciones son para todos los mortales, porque todos estamos inclinados al mal por el pecado original y necesitamos megadosis de gracia de Dios para que esa inclinación hacia el mal se enderece o se incline hacia el bien.

La rectitud de intención mantiene siempre encendido el Amor Divino en el alma. El obrar sin esta rectitud lo va apagando, porque el amor propio, el respeto humano, la propia estima, el deseo de agradar a los demás, el afán de protagonismo o reconocimiento, en suma, todas estas cosas y más, lo van siempre extinguiendo. Luego debemos luchar encarecida y continuamente por evitar que este enemigo del alma lo mancille todo, incluso que lo malogre por un exceso de amor a nosotros mismos.



NADIE ESTÁ LIBRE DE ESTE ENEMIGO

Hay muchas almas buenas y que hacen mucho por Jesús y la Iglesia, pero es difícil encontrar una que todo lo que haga sea al cien por cien por amor a Dios. Siempre nos retenemos un poco de amor propio, bien por su propia estima o por un afecto incluso a personas santas, bien por una pequeña vanidad o porque tenemos apegos terrenos, en suma: quien a una cosita y quien a otra, todos retenemos alguna cosa de gusto propio y esto impide que todo sea divino en nosotros de ahí, que el Señor aun en sus más grandes favores con los que favorece a las almas, los circunda de espinas, esto es, de amarguras, de privaciones, de estados de ánimo, a fin de que estas espinas no sólo las custodien sino que no las dejen ensuciarse con el fango del amor propio y de otras cosas.

Porque las cruces, los dolores, las penas, son como la prensa para el alma; como ésta lo es para la uva, y así como la prensa sirve a la uva para romper y descascararla, de manera que el vino queda por una parte y el bagazo por la otra, así las cruces, las penas, como prensa, quitan al alma el bagazo de la soberbia, del amor propio, de las pasiones y de todo lo que es humano, y dejan el vino puro de las virtudes, y las verdades divinas encuentran el camino para comunicarse y extenderse en el alma como sobre una tela blanquísima, con caracteres imborrables. Esto es difícil de entender, pero es una realidad y una forma de actuar de Dios, que en su infinita sabiduría así dispone las cosas para que el alma no solo no se pierda sino que crezca en santidad verdadera. Si Él no nos vigilara, cuántos pasos en falso daríamos que nos apartarían de la perfección.

ESTRELLA F